

EDUARDO LADISLAO HOLMBERG

Y sus años en la dirección del Jardín Zoológico de Buenos Aires (1888-1903)



Por: Paula Bruno

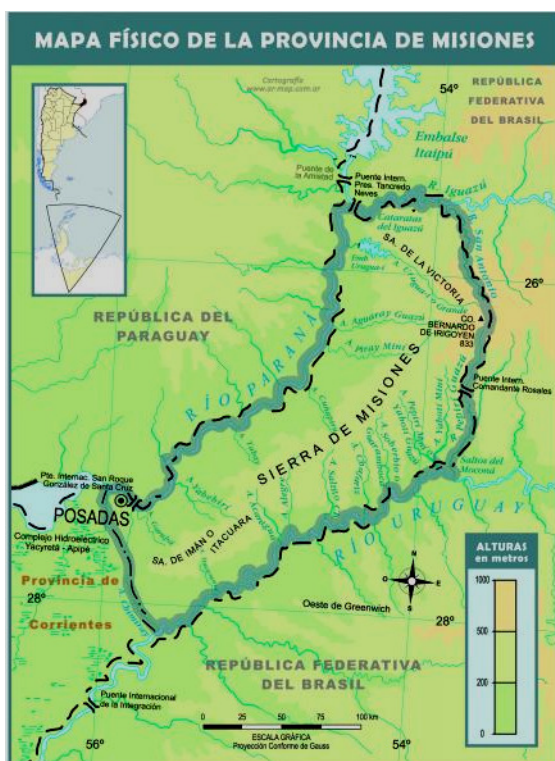
Nacido en Buenos Aires en 1852, Eduardo Ladislao Holmberg fue hijo de Eduardo Holmberg y Balbastro y Laura Correa Morales y Visillac. Confluían en su familia la tradición porteña y la aportada por la inmigración austriaca. Hijo de un padre hermanado con la “causa unitaria” (tendencia que sostenía la necesidad de un gobierno centralizado en Buenos Aires) y nieto de un pintoresco personaje que llegó a estas tierras en 1812, Holmberg realizó su formación primaria bajo el régimen de tutelaje de Francisco Reynolds y Salvador Negrotto. Concluyó sus estudios preparatorios en 1870 e ingresó a la Facultad de Medicina.

Como médico, el accionar de Holmberg fue más bien acotado. Recibió ofrecimientos para compartir consultorios con médicos notables, pero no pareció interesado en concentrarse en su profesión.

Como naturalista, fue explorador y recorrió numerosas zonas de Argentina. Visitó y descubrió especies y paisajes de Salta, Jujuy, Chaco, Misiones, Tierra del Fuego y otras comarcas. Sus exploraciones científicas, sostenidas con recursos propios o financiadas por instituciones variadas, dieron como fruto monografías, descripciones e informes sobre fauna y flora regionales. Fue miembro honorario y activo de varias sociedades científicas nacionales y participó con constancia en publicaciones científicas destacadas de su época, como Anales de la Sociedad Científica Argentina, Anales del Círculo Médico Argentino, Anales del Museo de Buenos Aires y Revista de la Sociedad Geográfica Argentina. Él mismo, además, propulsó publicaciones abocadas a las ciencias naturales, como El Naturalista Argentino, la Revista del Jardín Zoológico y Apuntes de Historia Natural.

Viaje a Misiones, de Eduardo Ladislao Holmberg, tuvo una única publicación en 1889 por la Academia Nacional de Ciencias, que la dio a conocer a través de fascículos. Se trata del relato de una expedición científica por el Litoral que partió de Buenos Aires en 1884 para explorar el recién creado Territorio Nacional de Misiones (en la frontera con Paraguay y Brasil) y puede leerse a la vez como un detallado informe científico y, por su amenidad, como un interesante relato de aventuras.

Página anterior: caricatura de Holmberg por Rep (Miguel Repiso).





Dos piezas exóticas del Zoológico de Buenos Aires: ruinas bizantinas, foto de Diego Silvestre (izquierda); y león a la entrada de un palacio oriental, foto de Rcidte (derecha). Página siguiente: José Eduardo Wilde, ministro que, según una anécdota, invitó a Holmberg a solicitar el favor que lo llevaría a dirigir el Zoológico.

Fue profesor de Historia Natural y Física en la Escuela Nacional de Mujeres y en la Escuela Normal de Varones. En la Escuela Normal de Profesores propulsó la creación de uno de los primeros laboratorios y gabinetes de Historia Natural instalado en un establecimiento de enseñanza secundaria. Desde la década de 1890 comenzó a ocupar cáte-

**Desde la década de 1890,
el talento de Holmberg
fue reconocido en sus
cátedras de la Facultad de
Ciencias Físico-Naturales**

dras en la Facultad de Ciencias Físico-Naturales, siendo especialmente reconocida su cátedra de Botánica.

Nos detenemos aquí en uno de los aspectos de su nutrida trayectoria: sus años frente al Jardín Zoológico de Buenos Aires. Según refiere una anécdota, Eduardo Wilde, desde su lugar de Ministro del Interior del presidente Miguel Ángel Juárez Celman (1886-1890), le dijo a Holmberg: “pídame algo, usted que nunca pide nada... Vamos ¿qué quiere ser?”, él respondió: “Quiero ser director del Jardín Zoológico”. El ministro repuso: “Pues vaya a verlo al Inten-

dente y díglele de mi parte que lo nombre”. Fue en 1888 cuando Wilde resolvió por intermedio de la Intendencia la separación del Jardín Zoológico del Parque 3 de febrero y la designación de Holmberg como su director. Estuvo a su cargo el traslado al nuevo predio entre fines de 1888 y principios de 1889.

El lugar en el que se emplazó el nuevo parque zoológico tuvo un gran peso simbólico. Juan Manuel de Rosas (1793-1877), que había estado al frente de la Confederación Argentina y , había tenido un jardín de fieras en los terrenos de su propiedad que estaban en la zona. Montar el Zoológico en ese lugar, de alguna forma, significaba terminar con un pasado que figuras como Holmberg consideraban caótico y desordenado. Se ha sostenido que “el zoológico de Buenos Aires es una ciudad en miniatura que evoca la mezcla estilística de la ciudad que lo alberga. Pabellones normandos, pagodas, serpentarios que citan la arquitectura industrial o las exposiciones universales”. El responsable de esta fisonomía, entre exótica y atractiva, y de convertir a la institución en moderna y científica fue Holmberg.

Mientras se daba forma material al zoológico, Holmberg aspiraba a que el Jardín Zoológico deviniera una institución asociada al progreso científico del país y adaptada a las necesidades de la educación pública. Sostenía que debía ser un espacio interesante e instructivo para el público en general y, a la vez, propulsar el despliegue intelectual incentivando a los hombres de ciencia a que consideraran la institución como un espacio de investigación. Durante los casi quince años que estuvo al frente del parque, Holmberg puso igual empeño en estas dos facetas de su programa. Así lo demuestra la fundación de la Revista del Jardín Zoológico de Buenos Aires, aparecida



en enero de 1893 con la pretensión de cubrir un espacio en las actividades científicas y divulgativas.

Aunque con sus acciones Holmberg alentó la modernización del zoológico, su gestión estuvo acompañada por quejas, pues las autoridades municipales no le prestaron a esta institución el apoyo anhelado por su director, lo cual él interpretó casi como un complot en su contra.

Si la ausencia de atención oficial fue un problema, el comportamiento de los visitantes no lo fue menos. El público no respetaba las indicaciones de los letreros, al tiempo que se multiplicaron hurtos y destrozos, facilitados por la inexistencia de rejas y la escasez de personal para controlar todo el espacio. Holmberg no dudó en llamar a la concurrencia del zoológico “huéspedes de garra y casco”.



Caricatura de Eduardo Ladislao Holmberg por José María Cao (1862-1918). Sobre la figura y a su sombra caminan algunos animales por su faceta de zoólogo; a su derecha hay una alusión a su popular “juguete policial” *La bolsa de huesos* (1896) con una pluma para indicar su carácter literario; a su izquierda, una jaula, que alude a la dirección del Jardín Zoológico de Buenos Aires, contiene la *Reichsadler* o águila imperial del II Reich.

Lo cierto es que su frustración fue en aumento. De acuerdo a su evaluación, sólo cumplió un objetivo: lograr que la institución tuviera funciones educativas. Numerosas anécdotas describen que llevaba a sus alumnos a tomar clases en el Jardín Zoológico para que estuvieran en contacto con la naturaleza y adquirieran conocimientos de orden práctico. Con todo, pese a los balances negativos, su gestión fue altamente apreciada por los contemporáneos. Así lo sugiere, por ejemplo, una referencia escrita debajo de una caricatura de Cao en la que se lee “A la Historia Natural / con talento excepcional / se dedica horas enteras / resultando entre sus fieras / otra fiera...intelectual” .

Mientras se desempeñó como director del zoológico, fue convocado por el gobierno de la nación para escribir las secciones de la Fauna y la Flora de la República Argentina en el Censo Nacional de 1895. Esta tarea compensó sus amarguras. Encontró satisfacción en el hecho de que los textos fueran utilizados para la educación y tuvieran, además, repercusión en los ámbitos científicos.

En la literatura, Holmberg encontró un espacio para expresar sus ideas sobre la sociedad

Pese al tono apesadumbrado de estos años, publicó varias monografías y trabajos científicos en las entregas sucesivas de la Revista del Jardín Zoológico y en otras publicaciones de renombre o como folletos de conferencias. También fue valiosa la producción literaria de esta etapa. Quizás fue en la literatura donde encontró un espacio para expresar sus ideas sobre la sociedad argentina de esa década convulsionada. Tres son las piezas que redactó hacia mediados de la década de 1890: La casa endiablada, La bolsa de huesos y Nelly (publicadas en 1896).

En estas piezas, Holmberg observó la heterogénea sociedad finisecular en estado de efervescencia. Los tipos sociales que le generaron una incertidumbre creciente fueron los que consideraba resabios vivos de la sociedad criolla: los negros,



Monumento en homenaje al Dr. Eduardo Ladislao Holmberg, por Ester Suaya, Zoológico de la Ciudad de Buenos Aires. Foto de Ojoslindos.

los gauchos y los indígenas. Encontró en esas figuras un problema irresuelto: formaban parte de la Argentina, habían sido partícipes de la historia nacional, luchado y sufrido en sus contiendas, pero estaban poco amalgamados al conjunto.

Agudo cronista de su tiempo, y bastante abrumado por los sucesos de una década del noventa convulsionada, no confió en los mecanismos de control social en boga en la época, sino que se apoyó más bien en la fórmula sarmientina que consideraba a la instrucción como una amalgamadora social, rescatando a Sarmiento y sus ideas sociales por su interés en la instrucción y su sensibilidad científica.

En suma, fue tempranamente un defensor del darwinismo en tanto teoría, una voz que podía pensar los problemas de la sociedad plural con ideas y conceptos cercanos a los de las ciencias sociales y el ensayo positivista, pero para la década de 1890, incorporar elementos científicos a la literatura no fue en Holmberg sinónimo de asumir que la ciencia y sus aplicaciones pudiera agotar las formas de pensar la sociedad ni de operar sobre ella. Sus preferencias a la hora de escribir ficciones demuestran que estaba bastante alejado del científicísimo positivista y que encarnaba, en cambio, un perfil más plural.

Pese a estos indicadores que muestran a un Holmberg

activo en tanto hombre de cultura, los años de gestión del Jardín Zoológico fueron leídos por él mismo como una época de numerosos obstáculos para los objetivos que pretendió alcanzar.

Siquiera el punto final de su gestión fue memorable: lo exoneraron de su cargo en 1903. Las versiones sobre esta destitución apuntan a un conflicto de Holmberg con el Intendente Adolfo J. Bullrich. Otras voces subrayan un supuesto altercado entre Holmberg y el presidente del país, Julio A. Roca como visitante del Zoológico. Un tercer argumento que suele citarse tiene que ver con un desmán de los elefantes al destrozar un corral muy precario al que Holmberg se había opuesto, pero que fue lo único que pudo construir con su escaso presupuesto para la institución. Lo cierto es que, más allá de estas anécdotas, fue exonerado por lo que se consideró incompetencia de su parte. Así, su experiencia frente al Zoológico, que había sido pensado como una maqueta dinámica para poner en marcha sus proyectos, se cerró de una forma muy poco feliz. 🌸

PARA SABER MÁS

- BABINI, José. “Los 'tres grandes': Ameghino, Moreno y Holmberg”, en Ferrari, Gustavo y Gallo, Ezequiel, *La Argentina del ochenta al centenario*, Buenos Aires, Sudamericana, 1980, pp. 819-827.
- BRUNO, Paula. *Pioneros culturales de la Argentina. Biografías de una época, 1860-1910*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2011.
- CAMACHO, Horacio. *Las ciencias naturales en la Universidad de Buenos Aires. Estudio histórico*, Buenos Aires, Eudeba, 1971.
- DEL PINO, Diego. *Historia del Jardín Zoológico Municipal, Buenos Aires*, Imprenta del Congreso de la Nación, 1979.
- VITALI, Olga. “Un santuario de amor en el Zoo”, en *Todo es Historia*, n° 256, 1986, pp. 34-43.